

Introducción

Encarnación Martínez Alfaro,
Leoncio López-Ocón Cabrera y
Gabriela Ossenbach Sauter

El Instituto-Escuela tuvo un éxito extraordinario. Sus profesores y sus alumnos se distinguieron de tal modo, que el Instituto estuvo a punto de perder su eficiencia por el enorme número de alumnos que a él afluyeron. Ulteriormente se crearon otros Institutos-Escuelas en otras ciudades españolas con los profesores que salieron de aquel.

Al Instituto-Escuela se le puede considerar como una de las mejores escuelas de ensayo y reforma de Europa, y realizó en la enseñanza oficial la misma labor ejemplar que había realizado la Institución Libre de Enseñanza en la esfera privada.

Los porqués de una conmemoración

Así ponderaba la labor del Instituto-Escuela Lorenzo Luzuriaga, el gran pedagogo español del primer tercio del siglo xx y director de la *Revista de Pedagogía*, en su libro *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, publicado en 1957 por la Universidad de Buenos Aires (pp. 202-203). Lo sorprendente es que, pese al comentario elogioso de Luzuriaga, cien años después de que iniciara su andadura, una institución educativa tan importante como el Instituto-Escuela apenas sea conocida y, por tanto, no haya obtenido el reconocimiento que se merece. Puede que sea por el olvido en que cayó tras la Guerra Civil, pero no es nada infrecuente que

“El Instituto-Escuela fue un proyecto de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y como tal vino a sumarse a las iniciativas que esta había puesto en marcha anteriormente bajo la presidencia de Cajal.

todavía hoy el Instituto-Escuela se confunda con la Institución Libre de Enseñanza.

Con este libro, editado para acompañar a la exposición *Ciencia e innovación en las aulas. Centenario del Instituto-Escuela (1918-1936)*, instalada en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid en el otoño de 2018, se quiere conmemorar el aniversario de la creación en 1918 de una de las instituciones educativas más importantes de la España del pasado siglo. Cuando abrió sus puertas en Madrid, de manera provisional en la sede del Instituto Internacional, comenzaba la que podemos considerar la experiencia más ambiciosa que se emprendió entonces en el país para reformar profundamente la enseñanza secundaria. El lema de la exposición y las ideas-fuerza de esta obra remiten a los dos aspectos que mejor definen el proyecto del Instituto-Escuela: el valor que le dio a la formación científica de los alumnos y la pedagogía absolutamente novedosa que puso al servicio de esa formación.

El Instituto-Escuela fue un proyecto de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), y como tal vino a sumarse a las iniciativas que esta había puesto en marcha anteriormente bajo la presidencia de Santiago Ramón y Cajal, con el fin de impulsar el progreso científico, cultural y educativo que hiciera posible la inaplazable modernización de España: los laboratorios de Ciencias, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas. La actividad de las instituciones creadas por la JAE contribuyó al resurgimiento del país y al florecimiento de la llamada Edad de Plata.

Después de la contienda civil, la JAE fue desmantelada y reconvertida por el franquismo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), las residencias de Estudiantes y de Señoritas pasaron a ser meros alojamientos, y las dos secciones con que había contado el Instituto-Escuela en Madrid, las de Retiro e Hipódromo, se convirtieron, respectivamente, en los institutos de bachillerato Isabel la Católica y Ramiro de Maeztu. Fue así como la memoria de la JAE y de sus instituciones comenzó a borrarse en medio de las purgas, la censura, el silencio y el olvido. Hubo que esperar al fin de la dictadura y al restablecimiento de la democracia en 1978 para que esa memoria se fuera recuperando poco a poco.

El legado de la JAE en particular tuvo una amplia difusión a partir de 2007, cuando se celebró el centenario de su creación con exposiciones, conferencias y publicaciones, y para entonces la Residencia de Estudiantes ya

había recobrado la actividad para la cual había sido creada y era ampliamente conocida. Pero, de las instituciones dependientes de la JAE, la única que hasta ahora ha permanecido en el limbo de la desmemoria y prácticamente desatendida es el Instituto-Escuela. Por este motivo, al cumplirse en 2018 los cien años de su creación, creemos que es el momento de devolverle a la sociedad de hoy la memoria del Instituto-Escuela. Conocer su experiencia educativa, los principios pedagógicos que la inspiraron, los objetivos que pretendía alcanzar, los espacios donde la desarrolló, y su legado, es conocer una parte de la historia de la educación española.

El Instituto-Escuela fue fruto del espíritu regeneracionista que se había apoderado de un amplio sector de la sociedad española de finales del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX, que estaba decidido a sacar a España de su atraso secular con medidas tendentes a su modernización y europeización. Entre los cambios que querían introducir los regeneracionistas, el de la educación era uno de los más urgentes y el Instituto-Escuela fue el centro de ensayo adecuado para efectuarlos.

Aun siendo un centro oficial, la dirección del Instituto-Escuela le fue confiada a la JAE, que la ejerció a través de su secretario, José Castillejo. El Instituto-Escuela, en la medida en que dependía de la JAE, funcionaba como un laboratorio pedagógico y si, como se preveía, su experiencia resultaba exitosa, el plan del Ministerio de Instrucción Pública era implantar su modelo en todos los institutos españoles. Pero, como se vio después y suele ocurrir a menudo, una cosa son los deseos y otra las realidades.

Cuando se habla del Instituto-Escuela hay que hablar de «innovación en las aulas», como literalmente afirma el lema de la exposición con la que se celebra su centenario. Su voluntad innovadora apunta, por un lado, a modos muy distintos de enseñar y aprender de los tradicionales que se empleaban entonces, y, por otro, a la ampliación y actualización de los contenidos de las materias de su plan de estudios. El carácter innovador del Instituto-Escuela se explica también porque desde su creación funcionó como un centro experimental al que se le asignaron dos importantes cometidos: ensayar la reforma de la enseñanza secundaria española y formar pedagógicamente a los profesores que debían llevarla a cabo.

Reformar la enseñanza secundaria suponía un vuelco radical en la práctica pedagógica, es decir, en los métodos de enseñanza y de aprendizaje. Esta es la razón elemental por la que el Instituto-Escuela, enemigo de las

rutinas, ignoró en su modelo educativo la anticuada e ineficaz «lección magistral» del profesor y el aprendizaje exclusivamente pasivo y memorístico de los contenidos por parte de los alumnos. Muy al contrario, fiel a su compromiso de enseñar de una manera muy distinta, asumió la herencia de la Institución Libre de Enseñanza y se interesó por las experiencias pedagógicas implantadas en los países europeos más avanzados. En el conocimiento de la moderna pedagogía europea, fue decisiva la política de pensiones que diseñó la JAE, porque permitió viajar a los profesores del Instituto-Escuela a Francia, Alemania, Inglaterra, Suiza y Bélgica para perfeccionar su formación, y estudiar la organización y los métodos de enseñanza de sus centros de secundaria.

La formación del profesorado estaba considerada ya por la Institución Libre de Enseñanza como la pieza clave de cualquier reforma educativa, razón por la que la JAE, en sintonía con esta exigencia, seleccionó cuidadosamente a los profesores encargados de hacer realidad el proyecto del Instituto-Escuela. Los profesores seleccionados eran catedráticos de instituto que, además de responsabilizarse de las programaciones de las materias y de dar clase, tenían la misión de formar a los llamados «profesores aspirantes al magisterio secundario», que también ejercían la docencia en el Instituto-Escuela.

Otra innovación peculiar del Instituto-Escuela fue que sus promotores incitaron a los profesores —fuesen catedráticos tutores o profesores aspirantes al magisterio secundario— a que simultaneasen sus labores docentes con tareas investigadoras. Se pretendía de esa manera aprovechar mejor las energías de los profesores y generar un interés compartido entre el profesorado y el alumnado por la coproducción de conocimientos. De esta manera se dotó a ese profesorado de medios y se facilitó su adscripción a los laboratorios que sostenía la JAE en su conglomerado de instituciones científicas. Y esos docentes e investigadores se esforzaron a su vez en transmitir a sus estudiantes la satisfacción y la emoción que produce en el investigador la capacidad de ampliar las fronteras del conocimiento. Ese círculo virtuoso que se produjo en las aulas del Instituto-Escuela entre profesores-investigadores y alumnos-aprendices de prácticas científicas produjo honda impresión a testigos presenciales de ese fenómeno como José Castillejo, quien en su obra *Guerra de ideas en España*, redactada en su exilio en Londres, allá por 1937, rememoraba cómo «era maravilloso ver el efecto que tenían en los alumnos las horas pasadas con maestros que estaban haciendo sus propios descubrimientos».

El Instituto-Escuela contó con un plan de estudios propio cuyo objetivo era la formación integral de los alumnos. Dicho plan contemplaba inicialmente dos secciones o etapas, la de la Preparatoria para el Bachillerato y la del Bachillerato en sí; más tarde sumó una tercera sección, la de Párvulos. La de la Preparatoria para el Bachillerato se ocupaba de los alumnos con edades comprendidas entre los 8 y 10 años, abarcaba tres cursos y estaba dirigida por María de Maeztu. La del Bachillerato, para los alumnos de entre los 11 y los 17 años, tenía una duración de seis cursos, con la particularidad de que a partir del quinto tenían la opción de estudiar ciencias o letras con vistas a un futuro ingreso en la universidad. El plan de estudios del Instituto-Escuela no fue rígido en ningún momento, ya que era debatido por los profesores según los resultados de su aplicación, de ahí que a lo largo del tiempo fuera objeto de algunos ajustes, justificables desde un punto de vista pedagógico.

El plan de estudios del Instituto-Escuela incrementó el número de horas lectivas en todas las materias (en particular, en las ciencias experimentales y en los idiomas), combinó los aprendizajes en el aula con las prácticas en los laboratorios, atendió a la formación estética y musical, fomentó el uso de la biblioteca y prestó una mayor atención a la práctica del deporte. También contempló un amplio repertorio de actividades fuera del centro como las visitas a museos y fábricas, las excursiones por España y el extranjero, y los intercambios con alumnos de otros centros europeos.

El alumnado del Instituto-Escuela estaba formado casi a partes iguales por alumnos y alumnas, aunque estudiaron en sedes distintas hasta que la Segunda República implantó la coeducación. Resulta muy llamativo que el porcentaje de alumnas fuese prácticamente del 50 % en relación con el de alumnos, una cifra muy superior a la de los demás institutos. El dato es muy revelador porque nos dice mucho sobre la modernidad del Instituto-Escuela, y puede explicarse desde el origen social y la mentalidad progresista de las familias, vinculadas en su mayoría a la JAE, al mundo de la cultura y del arte, y a las profesiones liberales.

En un breve resumen de las innovaciones pedagógicas que introdujo el Instituto-Escuela, hay que destacar sobre todo aquellas que, desde entonces y más allá de su tiempo, se asentaron de manera sólida y permanente en la enseñanza secundaria de nuestro país, como el diálogo permanente entre el profesor y los alumnos en el aula o en el laboratorio, el aprendizaje activo

El plan de estudios del Instituto-Escuela combinó los aprendizajes en el aula con las prácticas en los laboratorios, atendió a la formación estética y musical, fomentó el uso de la biblioteca y prestó una mayor atención a la práctica del deporte.

(basado en la observación directa de las cosas, el razonamiento y la experimentación científica), la evaluación continua (frente al tradicional examen único a final de curso), la figura del profesor-tutor y la participación de los alumnos en la vida del Instituto (a través de la sociedad de excursiones, la gestión de la biblioteca circulante, las exposiciones de trabajos, los equipos deportivos, los coros y las fiestas escolares).

Cabe preguntarse por qué no llegó a generalizarse la experiencia educativa del Instituto-Escuela en los restantes institutos oficiales españoles, como había sido el propósito inicial. En 1924, cuando ya funcionaban todos los cursos de Bachillerato, la dictadura de Primo de Rivera no resultó ser el marco propicio para la extensión de su modelo, y con la llegada de la Segunda República tampoco pudo extenderse por razones presupuestarias. Las prácticas de laboratorio, las horas dedicadas a las materias de enseñanzas especiales (idiomas, música, dibujo, juegos y deportes y trabajos manuales), las visitas a los museos y las excursiones hacían demasiado costosa su generalización. La solución parcial que encontró el gobierno de la Segunda República fue la de crear otros Institutos-Escuela en Barcelona, Sevilla, Valencia y Málaga. La continuidad pedagógica entre el Instituto-Escuela de Madrid y los nuevos quedó asegurada porque a estos se trasladaron profesores que se habían formado en el primero.

Una obra colectiva

En esta obra han colaborado docentes de diversos centros educativos, particularmente del IES Isabel la Católica, heredero de las instalaciones e infraestructuras educativas del Instituto-Escuela. Sección Retiro, historiadores de la educación e historiadores de la ciencia. Unos y otros han aunado esfuerzos para mostrar en este libro múltiples facetas y actividades relacionadas con la creación y desarrollo del Instituto-Escuela.

Así, Alejandro Tiana y Gabriela Ossenbach ofrecen un panorama general de la educación española en el primer tercio del siglo XX, y de forma especial explican el papel desempeñado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en la renovación pedagógica que se produjo en el seno de la sociedad española en la época, en cuyo marco se inserta la fundación del Instituto-Escuela de enseñanza secundaria en mayo

de 1918. Álvaro Ribagorda explica cómo la Residencia de Niños creada en el seno de la Residencia de Estudiantes allá por 1915 fue el embrión del que surgió el Instituto-Escuela. Y Leoncio López-Ocón ofrece las claves de la coyuntura política de 1918 que hizo posible, gracias a una sólida alianza entre el ministro liberal Santiago Alba y el secretario de la JAE José Castillejo, el decreto fundacional del Instituto-Escuela.

La educación activa y abierta alentada por el Instituto-Escuela tuvo una elocuente expresión en la importancia concedida a la enseñanza de las ciencias, destinada a favorecer la familiaridad con los métodos científicos que estimulan el espíritu crítico y el contacto directo con la naturaleza y el medio ambiente. Así lo muestran en su contribución Carmen Masip y Santos Casado. Por su parte, Santiago Aragón, Carmen López San Segundo y Francisco Javier Frutos Esteban analizan la importancia concedida a los dispositivos visuales, fuesen objetos tridimensionales o placas epidoscópicas —antecedentes de las diapositivas—, en esa enseñanza de las disciplinas científicas, particularmente de la historia natural y de la agricultura. El impulso a esa enseñanza «por los ojos» abarcó también a otras materias, como la geografía, como se aprecia en varios libros que se conservan de la biblioteca del Instituto-Escuela, cuyos fondos y características son estudiados por Encarnación Martínez Alfaro, prestando atención tanto a las obras científicas como literarias que se custodian en ella, reveladoras de la amplitud de miras del proyecto educativo que se presenta en estas páginas.

Con el propósito de favorecer una educación «integral» de los alumnos, la enseñanza de la lengua y literatura castellanas, así como de las lenguas clásicas, y las lenguas vivas, ya fuese el francés, el inglés o el alemán, fue un objetivo estratégico de los impulsores del Instituto-Escuela, como revela en su texto Mario Pedrazuela, quien también establece un hilo de continuidad entre el ideario pedagógico de esa institución educativa con el que alentó la fundación en 1876 de la Institución Libre de Enseñanza por Francisco Giner de los Ríos y sus colaboradores.

Los mil quinientos libros que forman actualmente la biblioteca del Instituto-Escuela. Sección Retiro, junto a las colecciones científicas de sus laboratorios, configuran un valioso patrimonio científico-educativo que se custodia en un singular edificio histórico, obra del arquitecto Javier de Luque. Francisco Javier Rodríguez Méndez analiza las vicisitudes en el diseño y construcción de ese ejemplar de arquitectura escolar, finalizado en 1928,

La enseñanza de las ciencias estuvo destinada a favorecer la familiaridad con los métodos científicos que estimulan el espíritu crítico y el contacto directo con la naturaleza y el medio ambiente.

y de los otros edificios que albergaron a otras dependencias del Instituto-Escuela construidas durante la Segunda República en los altos del Hipódromo, en la madrileña calle Serrano, de los que fueron autores los arquitectos Carlos Arniches y Martín Domínguez.

Pero los elementos fundamentales en ese innovador experimento pedagógico que significó el Instituto-Escuela fueron indudablemente los profesores y los alumnos, y la peculiar interacción que se produjo entre ellos, como evocaran Julio Caro Baroja o Carmen Bravo Villasante, entre otros, cuando se conmemoró el sesenta aniversario de la fundación del Instituto-Escuela en mayo de 1978 en el Paraninfo del Instituto Internacional, en la madrileña calle Miguel Ángel.

El protagonismo de los profesores en la aventura educativa de los Institutos-Escuela, su tipología, su compromiso con el ideario de sus promotores consistente en promover una educación humanista, sólida, equilibrada y tolerante, son analizados por José Damián López Martínez y M.^a Ángeles Delgado Martínez. Por su parte, Leticia Cabañas y María Poveda presentan el mundo del alumnado, masculino y femenino. Si la primera, en un anexo documental, ofrece una detallada relación de un centenar y medio de alumnos que tuvieron trayectorias dispares —cuarenta y dos se exiliaron, ocho sufrieron cárcel y/o exilio interior, y noventa y cinco permanecieron en España—, la segunda explica las características de la coeducación practicada en las aulas de los Institutos-Escuela, y destaca los logros alcanzados por las mujeres que se formaron en esos centros docentes, en aspectos tan variados como la investigación científica o las actividades deportivas. Entre «aquellas chicas audaces y reflexivas y meditativas» —como las definió Carmen Bravo Villasante— se encuentran desde destacadas científicas a integrantes de los primeros equipos olímpicos femeninos españoles.

Consolidada en Madrid la experiencia educativa del Instituto-Escuela, a lo largo de la Segunda República se trasladó a otras ciudades. Así nos lo muestran Salvador Domènech, Alejandro Mayordomo y Carlos Algora, que nos presentan e informan de los cuatro Institut-Escola de Cataluña, del de Valencia y el de Sevilla, respectivamente. Esa expansión de Institutos-Escuela se produjo en el primer bienio republicano. Los sucesivos ministros de Instrucción Pública y Bellas Artes —fuesen del Partido Republicano Radical Socialista, como Marcelino Domingo o Francisco Barnés, catedrático del Instituto-Escuela; o del PSOE, como Fernando de los Ríos— dieron

entonces un empuje cuantitativo y cualitativo a la segunda enseñanza en el marco de una política educativa laicista, impulsada tras la disolución de la Compañía de Jesús en enero de 1932.

Por su parte, Lucía López Bisquert, Alfonso Martín Guallar y Enrique Arjona Gallego explican cómo en la actualidad y desde hace una década los profesores del Instituto de Enseñanza Media Isabel la Católica utilizan el patrimonio histórico de su centro educativo, ubicado en la que fue sede del Instituto-Escuela. Sección Retiro, en sus actividades docentes. Así ponen de manifiesto cómo la recuperación de la memoria del Instituto-Escuela es inseparable de la de su valioso patrimonio educativo, de indudable interés histórico y pedagógico.

Este patrimonio, conservado en el Instituto Isabel la Católica de Madrid, está constituido por el archivo documental, la biblioteca y el material de los laboratorios. Olvidado durante décadas, todo él ha sido objeto del laborioso trabajo de recuperación que iniciaron las profesoras Encarnación Martínez Alfaro y Carmen Masip Hidalgo en el año 2006. Gracias a él, hoy podemos decir que el patrimonio educativo del Instituto-Escuela está catalogado, estudiado y puesto en condiciones de conservación, aunque no se haya restaurado en su totalidad.

Entre 2008 y 2012, el Instituto Isabel la Católica participó en el programa de I+D CEIMES (Ciencia y Educación en los Institutos Madrileños de Enseñanza Secundaria, 1837-1936), auspiciado por la Comunidad de Madrid. Este programa llevó a cabo una amplia labor de recuperación, estudio y puesta en valor del patrimonio educativo de los institutos de enseñanza secundaria más antiguos de Madrid (Cardenal Cisneros, San Isidro, Cervantes e Isabel la Católica). La participación en el proyecto CEIMES de las citadas profesoras Encarnación Martínez y Carmen Masip, del Instituto Isabel la Católica, hizo posible una fructífera colaboración con Leoncio López-Ocón Cabrera, investigador del Instituto de Historia del CSIC y coordinador del programa CEIMES, Gabriela Ossenbach Sauter, catedrática de Historia de la Educación de la UNED, y Mario Pedrazuela Fuentes, investigador y colaborador del mismo programa. Esta colaboración, que se ha mantenido hasta hoy, ha hecho posible la edición de este libro y la organización de la exposición conmemorativa del centenario del Instituto-Escuela que ha acogido el Museo Nacional de Ciencias Naturales. La organización de la exposición ha contado en todo momento con el apoyo y la colaboración del director del Instituto Isabel la Católica, Andrés Rus Morales.